

veamos lo que ha hecho Dios por medio del Evangelio para la rehabilitación de la mujer.

El Evangelio ha vuelto á la mujer la libertad, la instrucción, todos los derechos civiles. Pero ha creado además para ella tres ministerios que le dan una gloriosa acción en los destinos del género humano. El primero es el ministerio del respeto. El respeto es un temor dulce y piadoso. Cuando encontramos á un hombre cargado de años y de servicios, cubierta la frente con vivas señales de virtud, nos sentimos, aunque iguales á él, afectados de un sentimiento que no nos causa ninguna pena, pero que no obstante nos quita la confianza de la familiaridad: este sentimiento es el respeto. El respeto es la confesión voluntaria de una dignidad que nos manda sin necesidad de darnos órdenes; entra como un condimento necesario en todas las relaciones del hombre entre sí, y el afecto más tierno no excluye su expresión, por templada que llegue á ser en sus manos. Sin el respeto toca el hombre á la grosería de la barbarie, y desconoce la dignidad real que está en él. El respeto, Señores, ha descendido sobre nosotros de Dios mismo, que nos ha formado á su imagen. En Dios hay una majestad que repelería, si estuviera sola; pero estando esta majestad suprema unida á una bondad suprema, resulta de esta mezcla infalible una fisonomía que atrae sin perder nada de su grandeza. Es un reflejo de este matiz que reside en nosotros, y que produce el respeto.

Ahora bien, Señores, nosotros estamos sujetos á olvidar ó á desconocer esta parte de nuestra celestial dotación. Los abusos de la igualdad, la degradación del vicio, la falta de delicadeza del espíritu nos conducen sin cesar á la grosería, como el orgullo nos lleva á una petulancia ó rigidez necia y ridícula. La civilización cristiana necesitaba hallar y conservar el secreto de la dignidad templada por la gracia, de tener de ella un intérprete subsistente, un modelo exquisito é inviolable, cuya sola presencia fuese una lección y nos recordase sin cesar la fisonomía del hombre verdadero, puro, sincero, sencillo, digno de sí mismo: á la mujer cristiana se ha confiado este ministerio augusto. El Evangelio ha hecho de la esclava una reina, la ha sacado de una servidumbre vergonzosa ó de una libertad desenfrenada, que no era más que una esclavitud, para darle una modesta y soberana acción sobre las costumbres públicas. Cetro llevado con tanto fruto como gloria, que ha impreso á los tiempos modernos un inefable tinte de decoro y de elevación.

Ese joven gastado en el vicio, que no cree ya en nada, ni aun en

el placer, que no respeta ya nada, ni aun á sí mismo, viene, y encontrando la mirada de la mujer cristiana, ve viva la dignidad que ha profanado; vuelve á encontrar á Dios en un alma que ha guardado su sacerdocio y que lo revela en sus facciones: conoce su miseria y su abyección al mirarse en este espejo de pureza. ¡Un movimiento de los párpados ó de los labios basta para castigarle y aniquilarle, cuando se creía seguro de no temblar ante Dios! Reconoce una potestad á la que debe dar cuenta de su vida, ante la que debe disfrazar al menos su vergüenza, y si es incapaz de sentir esa acusación tácita, si desprecia á la mujer, después de haber despreciado todo lo demás, este es el último rasgo de su condenación; ya no pertenece al mundo civilizado, es bárbaro.

El segundo ministerio que ha creado el Evangelio para la mujer cristiana, es el ministerio de educación.

¿A quién será confiado el hombre al nacer? ¿A quién será entregado para que le inspire un alma buena? ¿Cuál es la mano bastante delicada, bastante ingeniosa, bastante tierna para domesticar esa bestia salvaje que acaba de nacer entre el bien y el mal, que podrá ser un malvado ó un santo? No vayamos tan lejos. Ya ha comenzado su educación en el seno mismo que le llevaba. Cada pensamiento, cada oración, cada suspiro de su madre, ha sido una leche divina que corría hasta su alma y le bautizaba en el honor y la santidad. El padre no puede nada allí en él directamente. A la madre sola ha sido concedido que su alma tocara durante nueve meses al alma de su hijo, y le impusiera predisposiciones para la verdad, la bondad, la dulzura, gérmenes preciosos cuyo desarrollo acabará á la luz del sol, después de haberlos sembrado en las profundidades desconocidas de la maternidad. El niño nace; sale de esta primera educación del Evangelio por las entrañas de su madre; pero es recibido en manos que han bendecido el Evangelio, y no tiene ya que temer el asesinato ó la exposición; duerme tranquilo bajo la protección de su madre armada de Jesucristo. Y al abrir sus ojos, ¿cuál es la primera mirada que encuentra? La mirada pura y piadosa de una cristiana. Y luego que pueda una palabra, deslizándose por los canales tortuosos de su oído, introducirse en su alma, ¿quién será el que se la diga? ¿Quién le arrojará la primera palabra, la primera revelación, el primer grito de una inteligencia á otra inteligencia? ¿Quién? Antiguamente era Dios; ahora también es Dios, por nuestra madre purificada y santificada. La mujer cristiana ha sucedido á Dios, en el ministerio sagrado de la primera palabra. Cuando Adán la oyó, y se

encendió de un golpe la llama de su espíritu bajo el horizonte brillante del cielo, fué Dios quien le había hablado. Y nosotros, cuando se despierta nuestro corazón al afecto, y nuestro espíritu á la verdad, se realiza este prodigio bajo la mano, bajo la palabra, bajo el peso del amor materno.

Bien pronto desaparece la infancia, y se anuncia la juventud con sus instintos de libertad. La educación se hace mas peligrosa sin dejar de ser necesaria; toda potestad pesa sobre nosotros como un yugo. Solo hay una, sino intacta, al menos respetada. Aun oímos la verdad de los labios de una madre amada de Dios; su mirada no ha perdido toda la autoridad; su reprensión no está sin aguijón para excitar los remordimientos, y cuando se halla enteramente desarmada, quedánle las lágrimas como un mandamiento final, al cual no resistimos. Ella se abre paso, sin advertirlo nosotros, por los pasajes que conducen á los sitios mas secretos de nuestro corazón, y nos admiramos de encontrarla allí en el momento en que nos creemos solos. ¡Virtud singular sobreviviéndose á sí misma, y que atestigüa aun en sus restos las fuentes eficaces en que la había empapado Dios!

Cuando concluye la madre, comienza la esposa. El hombre es señor á su vez, pero su magistratura no excluye la que da sobre sí mismo, y su corazón obedece tanto mejor cuanto que manda su pensamiento con un imperio que no es disputado. La fogosidad de la juventud se aplaca; el hombre no desea la independencia mas que como un bien que excede á todos los demás, y que le pone en posesión de sí mismo; él se posee bastante, está seguro de su poder, se vuelve hácia la dulzura de la infancia por la pendiente de su voluntad y el peso mismo de la vida. Fáltale la amistad, no tiene iguales; ¿y quién no necesita iguales? ¿Quién no necesita una persona bastante tierna para mandar, bastante adherida á nosotros para decirnos la verdad? El hombre la pide á la esposa, despues de haberla tenido de su madre; busca tanto la autoridad como la temió un momento antes. Él la acepta al menos sin resistencia, porque se forma en su mayor parte de amor, y porque bebe en él los consuelos de cada día contra las amarguras de la madurez. Porque la vida se hace severa declinando hácia la tarde; las decepciones abundan; la luz de las cosas se empaña; los cuidados surcan la frente, y la misma ambición, cansada del triunfo, deja escapar este grito de la vanidad engañada:

    Mi corazón, de todo fatigado,  
Un error demandaba que viniera

A disipar las sombras tenebrosas  
De mis profundos tedios, y me diera  
En el trono del mundo algun consuelo.

Y este error que se busca, si es un error, ¿quién lo da sino la esposa? Ella es la que colora los sucesos felices, la que embalsama las desgracias, la que recibe en el umbral doméstico á ese fugitivo de los honores, humillado con su caída, á ese proscrito del pensamiento, que no ha sacado de la ciencia mas que el martirio de la duda. La esposa cristiana infiltra en estas almas destrozadas el desprendimiento y la incertidumbre; ella resucita en su alma al Dios que rogocijaba su juventud, y reanima su vida moribunda en las fuentes de la eternidad.

Si le falta la gracia para esta escena final de la educación humana, no se ha perdido todo: las transfiguraciones de la mujer cristiana no se han terminado aun, no. Despues de haber sido madre, despues de haber sido esposa, la mujer cristiana se reproduce bajo una nueva forma: ¡es hija! ¿Y qué hombre hay que á los sesenta años no aprenda de su hija? ¿Qué hombre hay que no habiendo conocido á Dios en la vida y en la razón, y viendo á su jóven hija arrodillarse cada noche ante la invisible Majestad, no sospeche en el candor de su oración y de su alegría, en la paz de su corazón, alguna cosa del misterio que se aproxima á él por una tan viva representación? ¡Oh ternura de los caminos de Dios! Nuestra madre nos enseñaba su nombre cuando éramos niños; la esposa lo ha repetido en la intimidad nupcial al alma enajenada del jóven esposo; la hija lo cuenta al anciano agobiado con el peso de la edad, y vuelve á traerle, en sus días de decadencia, una revelación juvenil y virginal. El cielo dirá cuántas almas han sido el fruto de esta última violencia de la verdad; cuántos, que no habían visto ni oído nada, se han despertado del sueño del error en el lecho de la muerte, y han adorado con su aliento espirante al eterno amor, mostrándose á ellos bajo la forma angelical de una hija muy querida.

Despues de esto, ¿necesitaba la mujer de otro tercer ministerio? Dios, no obstante, le ha encomendado otro ministerio, ¿diré que es el mayor de todos? No lo sé; pero en fin, lo nombraré: es el ministerio de la caridad.

A la mujer cristiana, por una delegación especial, como empleo de sus ocios y de la superabundancia de sus virtudes, han sido confiados todos los pobres, todas las miserias, todas las lágrimas.

Ella es la que en el nombre y en lugar de Jesucristo debe visitar los hospitales y los desvanes, descubrir los gemidos, explorar el reino tan vasto del dolor. A otros el servicio de la doctrina, á ella el servicio de los socorros. A otros toca representar á Jesucristo con la espada de la palabra, á ella representarle con la espada del amor.

¿Quereis, sin formar frases, porque habria que formar demasiadas, quereis llegar á una comparacion que lo explicará todo con una sola palabra? Pues bien, entre el mundo pagano y el mundo cristiano hay la misma diferencia que entre la sacerdotisa de Venus y la hermana de San Vicente de Paul. Id á ese famoso templo de Corinto, y ved en él á la mujer; entrad en nuestros hospitales, y ved á la hermana de la caridad. Allí están los dos mundos: escoged.

Hecho esto, Señores, lo demás no era mas que un juego. Creada la dignidad de la mujer, eran consecuencias naturales de ella la indisolubilidad y la unidad del matrimonio. ¡No obstante, tan corrompido está el hombre! la indisolubilidad del matrimonio no se ha mantenido sino á fuerza de grandes esfuerzos. Podria citar al tribunal del presente siglo, por una parte las pasiones de los grandes; por otra, el intrépido espíritu pastoral con que han mantenido los jefes de la Iglesia la pureza y la dignidad de la sangre europea. Podria, considerando á la historia en otro sentido que en el que os ha sido enseñada, podria deciros lo que hemos sufrido por vosotros, y lo que habríais llegado á ser si no hubieran detenido obstinadamente las indestructibles barreras del catolicismo á estos séres desenfrenados en quienes la potestad igualaba á la concupiscencia, y que impacientes con las costumbres de Cristo, se afanaban por la conquista de la libertad pagana y musulmana. Nosotros hemos hecho de esta causa la causa total de la civilizacion, porque era la causa de la mujer, la de vuestras madres, de vuestras esposas, de vuestras hijas, y con ella la causa del género humano. Vosotros no lo habeis comprendido. Nos habeis acusado de exceder los límites de la legítima defensa, de llevar la mano á la corona, cuando no la llevábamos mas que á la irracionalidad de la carne y de la sangre. ¿Dónde estaríais sin estos combates? Vuestra sangre, manchada despues de muchos siglos, hubiera llegado á vosotros por las venas de una mujer esclava, en lugar de llegaros del corazon de una mujer libre. Todas las santas alegrías que habeis sentido por vuestras madres, vuestras esposas y vuestras hijas, hubieran sido

transformadas en las alegrías infames de la servidumbre empapada en la voluptuosidad. Seríais turcos y no franceses.

Demos gracias á Dios que nos ha salvado por el valor de nuestros padres, y por los únicos medios con que podia armarse entonces el valor. Excluido el divorcio del mundo cristiano, no ha hecho ya la simultaneidad esfuerzo alguno para producirse en él. ¿Qué europeo habrá (porque yo no llamo europeo al turco plantado en Constantinopla), qué europeo habrá que osase ni aun soñar de lejos en la profanacion del matrimonio por la simultaneidad? ¿Quién no se ruborizaria, aun en medio del libertinaje, de introducir bajo el mismo techo, por los mismos juramentos, las cautivas múltiples del egoismo mas desenfadado é insensato?

Demos otra vez gracias á Dios que ha purificado el género humano sin arrebatárle su libertad, que ha quitado al desorden la complicidad de las leyes, y permitido á la pureza llegar á ser la regla auténtica de la sociedad humana.

Este trabajo no ha costado poco. Jesucristo no se ha limitado á ponerlo bajo la proteccion de su cruz. Ha querido nacer de una mujer virgen y madre á un mismo tiempo, modelo inefable de adhesion materna y de adhesion virginal, y permaneciendo para siempre á la vista del mundo para inspirarle por medio de su recuerdo y su culto la práctica de las costumbres santas. La mujer no ha cesado, desde hace diez y ocho siglos, de mirar este tipo sublime, que es el de la regeneracion; ella ha bebido en él el doble valor de la castidad y del amor; ella se ha hecho digna del respeto que el mundo necesitaba tenerle; se ha podido creer en sus juramentos, y cayendo de su frente el velo de la servidumbre, ha dejado ver bajo la antigua apariencia de una belleza frágil el signo inmutable y sangriento de la cruz. Protegida por este signo, ha pasado á nuestras calles como una aparicion de la decencia del bien; se ha sentado dichosa en el santuario de la casa; ha detenido en él á su esposo á sus hijos y á sus hijas; en él ha recibido al extranjero sin lastimar su honor: la familia ha sido el lugar de la paz, de la alegría y de la honradez, el lugar de eleccion de toda alma que no está corrompida. El culto de los afectos ha sucedido al culto de la carne y de la sangre. Yo os lo pregunto sin temor: ¿Quién de vosotros no sabe y no siente que hay mas contento en un cuarto de hora pasado en el seno de la familia, al lado del padre, de la madre, de los hermanos y de las hermanas, que en todos los embriagadores placeres del mundo? ¿Para quién no es la familia el sueño de su existencia? ¿Quién no se

ha dicho, siendo joven : Llegaré un día despues de un largo trabajo á sentarme en mi casa; tendré una meša, un gabinete, á mi lado todos los objetos de mi afecto. Todos nos hemos dicho esto cuando éramos jóvenes; y los que han renunciado á la felicidad de la tierra para tomar su única herencia en Jesucristo, se lo decian tambien antes de tener la revelacion de un bien mas raro en un sacrificio mas grande.

¡Oh doméstico hogar de los pueblos cristianos! casa paterna, donde hemos respirado con la luz de nuestros primeros años el amor de todas las cosas santas, por mas que envejezamos, volvemos á tí con un corazon siempre joven, y si no fuera la eternidad, que nos llama alejándonos de tí, no nos consolaríamos de ver alejarse cada día tu sombra y palidecer tu sol!

Concluyamos, Señores, reasumiendo este Sermon y el que precede. Hay en la tierra tres debilidades : la debilidad de la desnudez, y es el pobre; la debilidad del sexo, y es la mujer; la debilidad de la edad, y es el niño. Estas tres debilidades son la fuerza de la Iglesia, que ha hecho alianza con ellas, y las ha tomado bajo su proteccion poniéndose bajo la suya. Esta alianza ha mudado la faz de la sociedad, porque hasta aquí habia sido el débil sacrificado al fuerte, el pobre al rico, la mujer al hombre, el niño á todos. La Iglesia, uniéndose á la debilidad contra los que están provistos de toda la triple fuerza del patrimonio, de la virilidad y de la madurez, ha puesto en equilibrio todos los derechos y todos los deberes. No obstante, el egoismo no se da por vencido, sino que intenta restablecer mas ó menos disfrazado el orden pagano sobre las ruinas del orden cristiano, es decir, la dominacion opresiva de la fuerza sobre la debilidad. ¿Lo conseguirá? ¿Romperá los lazos que retienen en la unidad de la Iglesia al pobre, á la mujer y al niño? Estoy seguro que no; porque bajo las débiles manos que acabo de nombrar, está la mano de Dios, la mano de Jesucristo, la mano de la bienaventurada Virgen María, todo el poder de la razon, de la justicia y de la caridad.

## SERMON TRIGÉSIMO QUINTO.

### **De la influencia de la sociedad católica en la sociedad natural en cuanto á la autoridad.**

Hemos probado la influencia de la sociedad católica en la sociedad natural, en cuanto al derecho general, en cuanto á la propiedad y en cuanto á la familia; y hemos reconocido que bajo estas tres relaciones fundamentales, la sociedad católica habia ejercido una accion bienhechora en la sociedad natural, creando en ella una proteccion eficaz de los débiles contra los fuertes. Pero hay otro elemento de la sociedad humana en que no se trata solamente de proteger á los débiles contra los fuertes, elemento complejo, donde se encuentran unas veces una superabundancia de fuerza y otras superabundancia de debilidad : quiero hablar de la autoridad. La autoridad tiene ese carácter particular de ser sucesivamente lo mas fuerte y mas débil que existe, de poder, en un día dado, aplanarlo todo, y á la mañana siguiente verse hollada á los piés, de suerte que toda su historia en este mundo se reduce á esta palabra de un orador famoso : *Solo hay un paso del Capitolio á la roca Tarpeya*. El Capitolio enorgullece, la roca Tarpeya envilece, y la autoridad oscila entre estos dos términos que son para ella igualmente funestos. Se trata de defenderla contra el uno y contra la otra, y de asegurarle entre estos dos escollos el honor de la duracion y el imperio de la estabilidad. Veamos lo que ha podido hacer la sociedad natural sola para el establecimiento de este equilibrio, y el auxilio que ha recibido de la sociedad católica para conseguirlo efectivamente.

Hasta aquí, Señores, he marchado sobre cenizas calientes; hoy voy á marchar por carbones encendidos. No estoy conmovido. Tengo que decir cosas dificiles; las diré con tanto comedimiento como franqueza, pero las diré.

No puede concebirse sociedad alguna sin unidad, sin orden, sin potestad. Por efecto de la unidad, millones de hombres divididos en intereses, pasiones, ideas, lugares y tiempos, se encuentran en un solo centro, y se mueven como si no hubiese para ellos mas que un